

El Señor Jesús y el Joven Rico

Por el Rev. J. van Haaren

Lectura Bíblica: Marcos 10: 17-31

Salterio 325:1,4
322: 1 - 4
42: 1, 2, 3
140: 1, 4
60: 1 - 5

Queridos amigos:

Se encuentra la porción de las Escrituras en la cual deseamos enfocarnos hoy en el libro de Marcos, capítulo 10, versículo 20, donde leemos en la Palabra de Dios:

“El entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud”.

Vemos en las palabras de este versículo **“El Señor Jesús y el joven rico”**. Nuestros tres pensamientos principales serán:

- 1. Su acercamiento a Jesús;**
- 2. La reprensión que le da el Señor Jesús;**
- 3. Su alejamiento de Jesús.**

Primer pensamiento

Amigos, leemos en v. 17 de nuestro capítulo: *“Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo”*. Un hombre vino en busca del Señor Jesús. No fue un ciego, ni un leproso en busca de ser curado, sino que fue un joven rico. No sólo fue un joven rico, sino que también fue un joven muy respetado, pues leemos en Lucas que era hombre principal de la sinagoga. Así que, a pesar de sus riquezas, este joven no estaba viviendo en los placeres de este mundo; no, la vida del mundo no le atraía a este joven. Al contrario, el corazón del joven ansiaba el servicio del Señor; a pesar de ser hombre principal y a pesar de ser joven, a este hombre le gustaba la Palabra de Dios. Él había escudriñado las Escrituras, y lo hizo no porque sus padres se lo habían exigido, sino que lo hizo con un deseo y amor profundo.

¡Cuánto nos debe avergonzar el ejemplo de este joven! Que cada uno presente examine su propio corazón: ¿cómo gastamos nuestro tiempo? ¿Es nuestro deseo estar con los placeres del mundo, o es nuestro deseo seguir y servir al Señor? ¿Nos es un deleite poder asistir la casa de Dios? ¿Es un placer nuestro escudriñar las Escrituras? Seamos honestos, ¿cuáles son los deseos verdaderos de *nuestro*

corazón? Este joven de nuestro capítulo también debe hacer avergonzarse a los más ancianos entre nosotros, pues, ¿no es cierto que muchas veces aún cuando somos de edad avanzada, nos gusta leer un periódico más que la Palabra de Dios?

Y, ¿qué de nuestra juventud? ¡Cuántos jóvenes testifican con su vida que no les gusta servir a Dios! En las clases del Catecismo que pasan los jóvenes, el uno no tiene tiempo para estudiar las preguntas, y para otro las preguntas le fueron demasiadas difíciles. De esto se manifiesta lo siguiente: ¿dónde hay personas que verdaderamente teman a Jehová? ¡Cuán triste es que para la mayoría, los placeres de lo que ofrece el mundo tengan más valor que la adoración de Dios!

En nuestro capítulo, vemos a un joven que tenía muchas posesiones, y seguramente tenía lo suficiente como para vivir con mucho lujo. Sin embargo, vemos que él se ocupaba de algo completamente distinto. Miremos su conducta en v. 17: “*Hincando la rodilla delante de él, le preguntó*”; se hincó delante de Cristo. No sólo se inclinó la cabeza, sino que abiertamente demostró respeto y adoración al Señor Jesús. Tratemos de imaginarlo: un hombre principal de la sinagoga hincándose a los pies de este Nazareno odiado y despreciado. Para este joven esto no fue vergonzoso en lo más mínimo, y no le importaba lo que diría la gente.

¿Por qué se acercó este joven a Jesús? ¿Qué necesitaba? ¿Será que haya venido para pedirle aún más riquezas? ¿Quería pedirle más honor, o quería tal vez tentarle con una pregunta difícil? ¡De ninguna manera! Este joven no se acercó a Jesús con malas intenciones, sino lo hizo con toda simplicidad y honestidad. Este joven estaba preocupado acerca de la vida eterna, pues le escuchamos decir: “*Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna*”? De hecho, fue algo maravilloso ver a un rico que no haya deseado ser aún más rico, sino que se preocupaba de la vida eterna, preguntándose: “¿Qué me pasará cuando la muerte me llame? ¿Podré yo heredar la vida eterna?”

¿Hay niños y jóvenes también en medio de nosotros que se ocupan de las cosas que tienen que ver con la eternidad, y que se preguntan: “¿Puedo yo heredar la vida eterna cuando me muera?”? Me temo que tantos de nuestros jóvenes se preocupen de cómo pasarán el próximo examen, de cómo obtendrán una buena posición en la sociedad, o de cómo resolverán este problema u otro que concierne la vida presente, y no la vida venidera. Jóvenes, permítanme preguntarles: ¿qué pasará si te mueres? Esta vida no es más que una preparación para la eternidad. Puede ser que tú digas: “No me hables de esas cosas; tengo mucho tiempo todavía para pensar en esas cosas, y es más, no tengo tiempo ahora, pues tengo que hacer demasiadas otras cosas primeramente. Cuando esté viejo buscaré al Señor y pensaré en la vida eterna, pero ahora, no tengo tiempo”. Oh, jóvenes, siempre ponemos las cosas al revés. El Señor Jesucristo nos dice: “*Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas*” (Mt. 6.23).

Sin embargo, en nuestro capítulo nos encontramos con un joven que estaba ocupado con las cosas que tienen que ver con la eternidad. Escuchen sus palabras: “*¿Qué haré para heredar la vida eterna*”? Como

lo escucharemos decir más adelante, ya había hecho tanto, viviendo una vida decente, y siguiendo los mandamientos de Dios, pero aún así no pudo experimentar la verdadera paz con todo lo que había hecho. Él quería estar asegurado de que sí heredaría la vida eterna. Al parecer, fue un joven muy amable, alguien que parecía estar buscando el Reino de Dios. De hecho, nos pareciera que el joven estaba justamente *delante del* Reino de Dios, ¿no?

No obstante, estar *cerca* del Reino de Dios no es suficiente; más bien, existe una eternidad entre el estar *en* el Reino de Dios o estar *cerca* del mismo. Es posible estar *casi* adentro, pero todavía estar afuera. También es posible estar *casi* afuera, pero todavía estar adentro. ¡Lo importante es por cuál lado de la puerta estás! Este joven rico estaba justamente por el lado equivocado de la puerta: estaba *casi* adentro, pero se quedó afuera. Todavía estaba ciego en cuanto a su propia condición, y nunca se había visto a sí mismo tal como Dios lo vio. No conoció al Señor, ni tampoco conoció a sí mismo, no sabiendo que era “un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo” (Ap. 3.17). Este joven pensaba que sí heredaría la vida eterna, y sólo esperaba escucharlo de la boca del Señor Jesús. Para él, tal vez le faltara aquí un poco y allá otro poco, y por eso Le preguntaría a Jesús, para así poner todo en orden – ¡o así pensaba! No se dio cuenta de que por el camino de sus buenas obras ya no quedó la posibilidad de ser salvo, pues la única manera de ser salvo era, y es, por el camino de la gracia de Dios.

¡Cuántos de nosotros somos iguales que este joven! Uno intenta agradar a Dios por su vida ejemplar, o por su asistencia fiel a la iglesia; otro trata de agradar a Dios por sus supuestas buenas obras. En lo profundo del corazón de cada uno, nos oponemos a la gracia de Dios. Sí, queremos ser salvos, pero no por la gracia; queremos que algo de nuestro lado sea aceptado por Dios. ¿Acaso no hay ningún valor en el hecho de que yo asisto los cultos dos veces cada domingo? ¿Acaso no gano nada al arrodillarme cada día y cada noche? Oh amigos, es necesario que perdamos todas nuestras justicias, y que seamos salvos por la justicia de Jesucristo.

¿Qué es lo que Dios quiere para que estemos por Su “lado”? Es necesario que se nos descubra nuestro pecado, para que nos demos cuenta de la imposibilidad de ser salvos por nuestro lado, y el deseo de Dios de salvar a pecadores por Su gracia únicamente. Dios jamás salvará a un pecador para que luego el pecador se jacte de sí mismo. ¡No! “¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida” (Ro. 3.27). Y esto es precisamente lo que Dios quería enseñar a este joven rico. Observaremos más acerca de esto en nuestro segundo pensamiento principal: *la reprensión que le da el Señor Jesús*.

Segundo pensamiento

Ahora, ¿qué hizo el Señor Jesús con el joven rico? Jesús conoció el corazón del joven, pues Él es el Dios justo que “prueba la mente y el corazón” (Salmos 7.9). Nosotros hubiéramos sido engañados por este joven; pues cuando nos encontramos con personas así, muy pronto decimos: “Esto parece ser la obra

de Dios en el corazón”. Sin embargo, el Señor miró el corazón del joven, y sabía cada una de sus intenciones.

Entonces, ¿Jesús echó a este joven de Su presencia? ¿Acaso le dijo que se apartara de Él? No, queridos amigos, el Señor Jesús nunca hace así; el Señor siempre actuó y sigue actuando con amor para con los que vengan a Él con sus preguntas. El Señor mostró mucha sabiduría y amor en Su trato con este joven; quería que el joven se diera cuenta de su propia miseria, para que se hiciera lugar por la gracia divina. Por este motivo, Jesús empleó las mismas palabras del joven para condenarlo: en versículo 18, le dice: “¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios”. Es como si Jesús le dijera: “¿Crees tú de verdad que soy Maestro bueno?”

Pero, ¿acaso no es Jesús el buen Maestro? ¿Se equivocó el joven al llamarlo así? ¿No es cierto que todo el pueblo de Dios estará de acuerdo que Jesús no sólo es el buen Maestro, sino el *mejor* Maestro? ¿Cómo es posible, entonces, que el Señor le pregunte al joven: “¿Por qué me llamas bueno?” Bueno, el joven se dirigió a Jesús como un buen “maestro” o “rabí”, pero no como el Salvador, y ciertamente no Lo consideró como el Salvador enviado por Dios Padre, el único Nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos. Según lo que creía el joven rico, había varios buenos maestros en la tierra. Para él, Jesús era uno de esos buenos maestros; tal vez, para él, Jesús haya sido el *mejor* de aquellos buenos maestros. Sin embargo, el joven también creía que existía buena *gente* que seguía a esos maestros, y se consideró a sí mismo con una de aquella buena gente. Por eso, Jesús le recuerda al joven que no hay nadie que sea bueno, sino Dios, como está escrito: “No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a uno se hicieron inútiles” (Ro. 3.10-12).

Esto es la lección que quería enseñar Jesús a este joven; quería abrir sus ojos para que vea su propia existencia pecaminosa y mala. La palabra de Dios nos enseña: “Reconoce, pues, tu maldad” (Jer. 3.13). Este reconocimiento es necesario para ser salvo; es necesario que uno aborrezca a sí mismo y quiera ser redimido de su pecado. Por eso, Jesús quería llevar a este joven ante el espejo de la Ley Divina, y le dice: “Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre.”

De hecho, ¿no es esto una predicación extraordinaria de parte del Señor Jesús? ¿No habríamos esperado que el Señor Jesús hubiera comenzado con la proclamación del Evangelio, y no con la Ley? ¿Acaso no habríamos pensado que Jesús le hubiera dicho: “Oh joven, tan solo tienes que creer y aceptarme como tu Salvador, y todo estará bien”? ¡Cuántos son los que predicán de esta manera hoy en día, pero cuántos son los que serán decepcionados al final! Escuchemos muy bien la enseñanza del Mismo gran Maestro de la justicia. No le dijo al joven: “Me alegro que estés ocupado con las cosas de la eternidad; no temas, simplemente cree en mí”. Es cierto, Jesús predica el Evangelio a los pobres, a pecadores miserables que no tienen un centavo más para pagar su gran deuda. Sin embargo, ¡a los ricos como este joven Jesús predica la Ley!

Muchos hay en nuestro día que dicen: “Hombre, cálese con esa predicación de la Ley, de la justicia de Dios, y la necesidad de conocer nuestro pecado. En cambio, predica el Evangelio, predica a Jesús.” Eso está muy bien, pero como Dios me permite, yo lo haré tal como lo hizo Jesús Mismo: predicando el Evangelio a los pobres y a los necesitados, y predicando la Ley a los que son ricos en sí mismos. ¿Por qué predica Jesús la Ley a los ricos? Lo hace para enseñar que por las obras de la Ley es imposible ser salvos. Jesús lo sabe más que nadie, pues fue debido al hecho de que el hombre no puede cumplir la Ley y no puede cumplir el pacto de obras, Él Mismo tenía que dejar Su trono en el cielo para tomar nuestra carne y cumplir toda la ley y cargar con la culpa de los Suyos. En breve, entonces, Jesús predica la Ley a los ricos para así hacerlos pobre, para luego mostrarse misericordioso a los pobres en espíritu.

Amigos, ¿cómo llegan a conocer su miseria los hijos de Dios? Lo conocen de la misma manera que no enseña el Catecismo de Heidelberg en la pregunta y respuesta 3: “¿Cómo conoces tu miseria? Por la Ley de Dios”. ¡Qué privilegio es cuando aprendemos por la gracia lo miserable que somos! Bien puedo yo entender la resistencia carnal que existe en contra de esta doctrina, pues por la naturaleza no queremos perder todo lo nuestro; no queremos ser menos que “buenas personas”. Sin embargo, vuelvo a insistir, ¡qué privilegio es aprender que no soy nada más que pecador, porque sólo entonces se hace lugar para el Salvador, Cristo Jesús. Entonces se hace un gran milagro que yo todavía pueda ser salvo, y por Otro, no por mí mismo. Y esto es lo que el Señor Jesús quería enseñar al joven rico.

¿Qué va a pasar con este joven ahora? El Señor había colocado el espejo de la Ley delante de él, y le había dicho: “Los mandamientos sabes. Si deseas heredar la vida eterna, entonces, observa estos mandamientos, y vivirás. Si no te desvías a la izquierda ni a la derecha, sino que observas estos mandamientos perfectamente, heredarás la vida eterna”. Ustedes dirán: “¿Acaso no es una predicación difícil, pues nadie puede vivir así?” ¡Imagínense que un pastor nos predicara así! Nosotros responderíamos que si tiene que ser así, es imposible ser salvo, pues no puedo hacer más que romper los mandamientos de Dios.

Sin embargo, veamos al joven rico; ¿cómo reaccionó él? Estas palabras del Señor Jesús no hacen la más mínima impresión en él. Él no respondió: “¡Oh Señor!, ¿es *ese* el camino a la salvación? Si es así, estoy totalmente perdido”. No, al contrario, al escuchar las palabras de Jesús, el joven se paró aún más recto y respondió: “Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud”. Es como si dijera: “¿Acaso eso es el todo? Entonces si así uno se salva, pues ya todo está en orden para mí. Si la salvación se alcanza al observar estos pocos mandamientos, entonces ya la he alcanzado cuanto ha”.

¿Ven ustedes cómo este joven estaba completamente ciego, hablando espiritualmente? Realmente pensó que había guardado todos los mandamientos desde su juventud. Queridos amigos, ¿saben lo que le faltaba este joven? No tenía ningún conocimiento del sentido *espiritual* de la Ley. En el sentido externo, él guardó la Ley al pie de la letra. Ciertamente este joven había vivido una vida ejemplar en lo externo, pues no leemos que Cristo le dijera: “¡Eso no es cierto! ¿Cómo te atreves a decir eso?” Más bien, al

contrario, leemos que al escuchar las palabras del joven sobre cómo había guardado los mandamientos desde su juventud, “Jesús, mirándole, le amó”. En el texto original, la palabra que se emplea aquí demuestra el gran afecto que Cristo sintió para el joven.

De hecho, el joven había vivido una vida intachable en el sentido externo: no había robado; había honrado a su padre y su madre; no había cometido adulterio. Es seguro que el Señor bendecirá a aquel que vive así, pues aún en el guardar las ordenanzas de Dios en una forma externa, hay gran galardón. No nos olvidemos de eso en nuestros días, cuando toda ordenanza divina está rechazada, y las normas bíblicas no son respetadas por la gente, por las autoridades, y ni siquiera en muchas iglesias, donde se enseña la teología moderna. Que siempre sepamos que no se tendrá que arrepentirse de ningún pecado que uno no haya cometido. ¡Ojala hubiera más personas que pudieran decir con este joven rico: “Todo esto lo he guardado desde mi juventud”! ¿Se atrevería usted decirlo? En cuanto a mí, ¡jamás lo podría decir!

No obstante, por más que viviéramos de una manera intachable según lo externo de la Ley de Dios, todas nuestras supuestas “virtudes” no serían más que pecados en los ojos de Dios. Es necesario aprender, por la enseñanza del Espíritu Santo, que aunque nuestras acciones y palabras sean buenas, la misma *raíz* de nuestra existencia es corrompida. Cuando el Espíritu enseña esta lección a unos de los Suyos, el pecador aprende que, de hecho, ni una sola vez ha guardado apenas uno de los mandamientos de Dios; al contrario, el hijo de Dios se da cuenta de que ha pecado gravemente contra *todos* los mandamientos. El apóstol Pablo, antes de ser convertido, se atrevía pensar que había guardado toda la Ley de Dios desde su juventud. Sin embargo, Pablo aprendió el sentido espiritual de la Ley, y aquel Pablo decente y piadoso volvió a ser como una gran bestia ante Dios.

Lamentablemente, no podemos decir lo mismo en cuanto a este joven rico. Cuando él escuchó las demandas de la Ley de Dios, no se puso triste de manera alguna; al contrario, se animó, pensando que él heredaría la vida eterna, ya que pensaba que casi había alcanzado la perfección.

Cuando él joven le había respondido a Jesús: “Todo esto lo he guardado desde mi juventud”, Cristo le dijo: “Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz”. Tal vez nosotros digamos: “¡Qué respuesta más curiosa! ¿Acaso sólo le faltaba al joven una cosa?” De hecho, la Iglesia Católica Romana se vale de estas palabras de Cristo para defender su doctrina de la salvación por obras, y especialmente la obra de dar a los pobres. Sin embargo, esto es un abuso y malinterpretación de las palabras de Jesús de parte de aquella iglesia. Lo que Cristo quería hacer era descubrir a este joven a sí mismo, para que pudiera ver lo tanto que verdaderamente faltaba; Cristo quería mostrarle que solamente la justicia de Cristo le podía salvar, y no las propias justicias del joven.

Cristo le señala al joven las tres cosas que tenía que hacer; veamos estas cosas más de cerca. En primer lugar, el joven tenía que vender todo lo que tenía. Esto quiere decir que tenía que rechazar al mundo y sus placeres. Ahora bien, pueblo de Dios, ¿no es así cuando Dios obra en el corazón de uno?

Cuando el Señor comenzó la obra de la salvación en tu corazón, entonces el mundo ya no tenía valor para ti. En aquel tiempo realmente no hay nada que te pueda satisfacer más; el mundo te aparece vano y vacío sin Dios.

En segundo lugar, el joven tenía que tomar la cruz de Jesús; esto quiere decir que tenía que negarse a sí mismo, crucificando su propia naturaleza. El Señor Jesús fue crucificado entre dos malhechores; la crucifixión fue una muerte reservada para los más malos que existían, porque tal muerte fue una muerte maldita. También era la costumbre que la persona que iba a ser crucificado tenía que *llevar su propia cruz* hasta el lugar de la crucifixión. Ahora bien, Jesús le ha dicho al joven que tomara su cruz; ¿qué quería decir eso? En el sentido más profundo, esto quería decir que era necesario que el joven estuviera de acuerdo con la cruz que tenía que llevar, y que se sintió *digno* de la muerte. Tenía que aprender que toda su vida “decente” no era más que una mentira, y que todas sus propias justicias eran como trapo de inmundicia. Era necesario aprender que sería justo si Dios me castigara, y si nunca me mirara una vez más. Así es con los verdaderos hijos de Dios: Dios les enseña a aborrecer a sí mismos, y experimentan un deseo vivo de ser librado no sólo de su pecado, sino de sí mismos.

En tercer lugar, el joven tenía que seguir a Cristo. ¿Qué quería decir eso? No quiere decir seguirle a Cristo ciegamente, sino que significa seguirle con los ojos puestos en Él. Seguir a Cristo significa aprender que sin Él, no podemos hacer nada; significa que Él “nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación, y redención” (1 Co. 1:30). Estos seguidores de Cristo son pobres y miserables en sí mismos, pero no necesitan de la compasión de los hombres, porque son ricos y felices en Otro, confiando en el Nombre de Dios, el único Nombre bajo el cielo en que podamos ser salvos.

Ahora bien, ¿qué hará el joven rico al escuchar estas palabras de Jesús? Vamos a considerar eso en nuestro tercer pensamiento, *su alejamiento de Jesús*, pero primeramente cantemos el **Salterio 140, las estrofas 1 y 4**.

Tercer pensamiento

¿Cómo reacciona el joven rico a las palabras de Cristo? Bueno, ¿qué nos dice la Biblia? “Pero él, afligido por estas palabras, se fue triste, porque tenía muchas posesiones”. ¿Estaba ya avergonzado el joven sobre el hecho de que él se había jactado: “Todo esto he guardado desde mi juventud”? ¡No, amigos, de ninguna manera! Esto no le causó la más mínima vergüenza. Más bien, estaba afligido por las palabras de Jesús. Pero, ¿por qué? Porque tenía muchas posesiones. Ahí todo se descubrió, y ahí se demostró lo que realmente vivía en su corazón. Y se puso bien evidente lo que faltaba este joven: ¡le faltaba *el amor*! Él tenía que escoger entre sus posesiones y sus tesoros por un lado, y por Cristo por otro lado. Y, ya que había llegado el momento de verdad, se puso manifiesto que amó tanto a sus posesiones, de modo que no pudo apartarse de ellas, y así estimó y escogió sus riquezas como de más valor que Cristo Mismo. Aquí se hace evidente que el joven *nunca* tuvo un interés verdadero en Dios, sino solamente

había tenido interés en el cielo. Este joven es un ejemplo de los que buscan el cielo de Dios, pero no buscan al Dios del cielo.

Amigos, hay muchos que no son más que buscadores del cielo, y no buscadores de Dios. De hecho, todos somos así por la naturaleza. Es solamente por la gracia que realmente buscamos a Dios; sólo nos ponemos a buscar a Dios por la obra del Espíritu Santo en el corazón. Así es que uno puede reconocer la verdadera obra de Dios en el corazón: cuando Dios Mismo comienza la obra, la persona siempre se hace triste, porque se da cuenta de que ha perdido a Dios, y de que hay una separación entre Dios y su alma. Esto causa mucha aflicción en el corazón del hijo de Dios.

Los niños en medio de nosotros sabrán lo que significa extrañar a papá y mamá, ¿no? A veces los niños visitan a unos parientes sin sus padres, y se ponen muy nostálgicos, a veces hasta enfermarse, tanto que extrañan a sus queridos padres. A veces ni siquiera desean jugar o comer, y los juguetes más bonitos no les atraen, porque sólo pueden pensar en su papá y mamá, pues los extrañan mucho. ¿Qué necesitan estos niños? Oh, si tan sólo pudieran ver a papá y mamá, aunque fuera mirándoles por una ventana, solo para ver el rostro de sus queridos padres una vez más. Esto, amigos, es lo que experimenta el pueblo de Dios cuando Él comienza la obra salvadora en su corazón. Ellos mismos no pueden nombrar lo que experimentan, pero nada de lo que se encuentra aquí en el mundo les puede satisfacer. Si tan solamente pudieran experimentar algo del amor y del favor de Dios, entonces podrían vivir de nuevo.

El joven rico de nuestro capítulo no experimentó nada de esto. Leemos que estaba afligido y se fue triste, pero su tristeza fue por otros motivos. Oh, si tan sólo hubiera experimentado “la tristeza que es según Dios [la cual] produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse” (2 Co. 7:10). En cambio, él se entristeció porque escuchó de Jesús que sólo podía ser salvo como un pobre, y no como un rico. Le dolió el hecho de que sus propias justicias no podían ser contadas como nada para su salvación; sólo podía ser justificado como pecador, y no como justo.

Aún así, leemos que Jesús “mirándole, le amó”. Eso es algo solemne: estar *casi* salvo, y al final estar perdido. También hubiera sido posible leer en el próximo capítulo de la Biblia que el joven se haya acercado a Jesús como un joven pobre. Sin embargo, no leemos nunca que él volvió a Jesús; la Biblia muestra claramente que una vez que se fue triste de la presencia de Jesús, nunca volvió a Él jamás. Nunca heredó la vida eterna, sino que escogió la muerte en cambio de la vida. ¡Qué cosa más terrible!

Amigos, es necesario examinar a nosotros mismos muy de cerca. Seguro ha habido tiempos en nuestra vida cuando nosotros, como si fuera, tuvimos que escoger entre dos opciones. ¿Te acuerdas de aquella vez cuando estuviste en el hospital, o cuando sufriste ese accidente grave? ¿Te acuerdas de esa enfermedad que padeciste? Y, ¿qué ha pasado con todas las buenas intenciones y promesas que hiciste en aquellos momentos? ¿Será que *casi* escogiste lo bueno, pero en fin escogiste lo malo de nuevo? Por la naturaleza, amigos, *todos nosotros* escogemos la muerte sobre la vida; todos nosotros, igual que este

joven rico, escogeríamos los placeres de este mundo en cambio de la vida eterna. Si somos salvos, es solo por la gracia. No podemos ponernos por encima de este joven, pues todos somos iguales en nuestra caída.

Y aún así, debemos respetar a este joven rico hasta cierto punto. ¿Por qué? Debemos observar que se fue triste, llorando. No leemos que se haya enojado con Jesús, ni que le respondiera a Jesús con palabras abusivas. Con otros, es diferente; muchas veces, cuando en la predicación se recuerda a los ricos en sí mismos que faltan una cosa, y cuando se predica de una manera que descubre a tales personas, ¡se enojan con el mensajero! Por nuestra naturaleza, preferimos ser llamado “benditos”; entonces diremos que el mensaje fue muy precioso. No queremos escuchar que no somos nada y que no tenemos nada para presentarle a Dios.

Queridos amigos, hemos llegado al final de nuestro mensaje. Hemos estado bajo la predicación de la verdad otra vez. Nada ocurre por casualidad; ¿por qué, en la providencia de Dios, tuvimos que escuchar este mensaje hoy? La eternidad revelará los frutos. Espero que nadie entre nosotros salga esta mañana como el joven rico, que se fue triste. Más bien, es mi oración que el Espíritu haya tocado el corazón de muchos hoy, y que muchos de ustedes hayan sido descubiertos a su estado perdido, para que lleguen a conocer a Aquel cuyo Nombre es Admirable, y Quien está dispuesto a tener misericordia con los pobres. Ciertamente si la obra de Dios está en su corazón, su camino será uno de ser menos y menos en sí mismo, porque el Señor nunca dará Su honor a otros. La palabra “gracia” es una palabra pequeña, pero nos cuesta una vida entera para aprender lo que significa. Que Dios nos lo enseñe, para nuestra salvación y para Su honor, Amén.